

FRANCISCO LUIS DE RETES.

LEOVIGILDO.

ROMANCE HISTORICO.

I.

De inmarcesibles laureles  
gloriosísima corona  
á la sien de Leovigildo  
ceñirá siempre la historia.  
Muralla fué inquebrantable  
de la monarquía goda :  
sus hechos cuenta la fama,  
España canta sus glorias.  
Apénas al trono sube  
sobre los griegos se arroja,  
que aún extienden su dominio  
por las orientales costas.  
Mucho contra el griego intenta,  
mucho emprende, mucho logra  
diganlo triunfos de Málaga  
y de Medinasidonia.  
En su grandeza engreida,

con sus fueros orgullosa,  
el godo poder desprecia  
la ciudad romana Córdoba.  
Sobre ella el gran Leovigildo  
lleva sus guerreras tropas ;  
sus triunfos con tristes ayes  
la noble ciudad pregona.  
No solo á Córdoba rinde,  
sino á la comarca roda ;  
la Bética se somete  
á sus armas victoriosas.  
Los cántabros indomables  
desde sus montañas toscas,  
del rey godo desafían  
la magestad poderosa ;  
el rey suevo de Galicia,  
Arionmiro, los apoya,  
Sobre los montes cantábricos  
Leovigildo se desploma,  
el duro teson quebranta  
de su gente belicosa,  
y parte en busca del suevo  
que cierto de su derrota  
á Leovigilda propone  
una tregua vergonzosa.  
Dos veces se alzan rébeldes  
los habitantes de Oróspeda,  
y dos veces Leovigildo  
los acomete y los doma.  
Mas si como rey valiente  
alcanza eterna memoria,

como padre, sus acciones  
le envilecen y deshonoran.  
Oid de su fiero crimen  
la narracion espantosa,  
de Hermenegildo su hijo  
oid la terrible historia.

II.

Por las orillas del Tajo  
que besa á Toledo el pié,  
régia, illustre comitiva  
marcha en ruidoso tropel.  
Una donosa doncella  
que envidió el sol al nacer,  
blandamente el lomo oprime  
de un gallardo palafren.  
Doma el encorvado cuello  
de un alazan cordobés,  
con la recamada rienda  
gentil y apuesto doncel.  
Y hombres de armas, y escuderos;  
mesnaderos más de cien.  
con ballesta y pica al hombro,  
con el bruñido broquel;  
doncellas, pajes y heraldos  
luciendo el rico jaez,  
y el pueblo que corre y grita  
en revoltoso vaiven.  
Vitores y aclamaciones.

escúchanse por do quier,  
y se estrechan y se empujan  
para no llegar despues.  
Alborózase Toledo,  
y que se alboroce es bien;  
desposorios se celebran,  
desposorios de alta prez.  
La hija de Sigiberto,  
aquel monárca francés,  
da su mano á Hermenegildo  
hijo del gótico rey.  
El ancho camino alfombran  
el romero y el laurel,  
arcos de triunfo levántanse  
de taray y de ciprés.  
Ya la iglesia se divisa,  
ya se acercan al dintel,  
ya el son del órgano grave  
ensalza al Sumo Poder.  
Régia, illustre comitiva  
marcha en ruidoso tropel  
por las orillas del Tajo  
que baña á Toledo el pié.

II.

Pasan horas, pasan días,  
pasan semanas y lunas,  
Hermenegildo es arriano,  
pero católica Ingunda,

La madre de Hermenegildo  
duerme el sueño de la tumba ;  
Gosvinda, tenaz arriano,  
el tálamo real ocupa.  
Trocar la fé de su nuera  
la reina en vano procura ;  
sus intenciones se tuercen,  
sus esperanzas se frustran.  
Poco sirven, poco valen  
la caricia y la dulzura ;  
poco valen, poco sirven  
amenazas iracundas.  
Vientós bravos que se estrellan  
en las encinas robustas,  
olas del mar que se rompen  
sobre las peñas desnudas  
Cuanto es más rudo el ataque  
más resistente la lucha ;  
cuanto mayor la soberbia,  
es la humildád más profunda.  
Siguió al consejo el halago,  
siguió al halago la astucia,  
á la astucia la amenaza  
y á la amenaza la injuria:  
En su brutal arrebato,  
que más la ciega y ofusca,  
medios pide á la venganza  
que la aguija y estimula  
Su condicion olvidando  
rásgala las vestiduras,  
y con la mano atrevida

el gentil rostro la cruza.  
Arrástrala por el suelo  
y arrebatada y sañuda,  
de la cabeza la arranca  
la poblada crencha rubia.  
Leovigildo más prudente  
de sí los aparta, y juzga  
que con el tiempo se venza  
lo que con la fuerza nunca.  
Pero Dios que reservaba  
para las glorias futuras  
el alma de Hermenegildo  
que en la oscuridad fluctua,  
va las sombras disipando  
que su entendimiento anublan  
como la luz de la aurora  
rasga las sombras nocturnas  
De su católica madre,  
que en las supremas alturas  
pide para el hijo amado  
á Dios proteccion y ayuda,  
los cariñosos recuerdos  
se despiertan y se juntan,  
y al verdadero camino  
de la Fé santa le impulsan.  
De su esposa idolatrada  
las palabras de ternura  
al desusado sendero  
de la salvacion le empuian.  
De su tio San Leandro  
los consejos y las súplicas

arrancan por fin de su alma  
las tinieblas de la duda.  
Claro fulgor le ilumina,  
de Arrio la creencia abjura,  
y campeón se proclama  
de la religion augusta.  
Su error antiguo condena,  
su moderna fé divulga.  
y otra vez bañan su frente  
del Jordan las aguas puras  
Pasan horas, pasan dias,  
pasan semanas y lunas,  
Hermenegildo es católico  
como es católica Igunda.

IV.

Como rugé la leona  
por el cazador herida,  
ruge de cólera y ódio  
la frenética Gosvinda.  
Al alma de Leovigildo  
su vil rencor comunica,  
para su encono no hay rienda  
ni freno para sus iras.  
En tanto el pueblo católico  
se entusiasma y regocija,  
que ya el sol de la esperanza  
en el horizonte brilla.  
Armas Leovigildo apresta,

su rencor la reina incita,  
y con poderoso ejército  
cae el rey sobre Sevilla.  
Hermenegildo resiste,  
por él se alza Andalucía,  
y parte á darle socorro  
el rey suevo de Galicia  
Derrótale Leovigildo  
y su auxilio inutiliza,  
de los griegos imperiales  
aprovecha la codicia,  
que es fuerza lo que no aceros  
que dádivas lo consigan.  
Apreta el cerco el rey godó,  
inútil es que resista:  
su salvacion encomienda  
Hermenegildo á la huida.

V.

A media legua de Córdoba,  
del monte en lo más espeso,  
alza sus blancas paredes  
un sombrío monasterio.  
Una cruz de piedra tosca  
con los dos brazos abiertos  
llama al piadoso retiro  
al extraviado viajero.  
La tibia luz de la luna  
trémula brilla en el cielo,

ó el disco pálido esconde  
entre nubarrones negros.  
Cánticos se oyen, mezclados  
con los acordes severos  
del órgano que retumba  
por las bóvedas del templo.  
Rumor confuso en el valle  
y griterío á los lejos  
turban la calma tranquila  
del olvidado desierto.  
Salta azorado y convulso,  
salta al cesped un guerrero  
el intrincado follaje  
de las malezas rompiendo.  
Lleva la espada desnuda,  
el rostro lleva encubierto  
con la barrada visera  
que cae á la faz del yelmo  
Ase la cuerda que pende  
del esquilon con esfuerzo,  
y el esquilon impelido  
gira en rápido volteo.  
Las puertas del templo crujen  
sobre sus goznesde hierro  
y abren paso al fugitivo,  
dan entrada al caballero.  
Torna á rechinar el gozne.  
y los portones volvieron  
á encajonarse, formando  
muralla en el átrio extenso.  
El rumor ántes remoto

va aumentando por momentos :  
ya no se escucha en el valle,  
ya se aproximan los ecos.  
A la luz de las estrellas  
se ven brillar los aceros,  
se ven ondear las plumas  
de la luna á los reflejos.  
Tropel de gente de guerra  
escala el breñoso cerro,  
Pero sus pasos detiene  
á la vista del convento.  
*¡Abrid!* con voz iracunda  
un hombre gritó altanero;  
*si no, piedra sobre piedra  
de estas murallas no dejo.*  
Entónces himnos celestes  
tornaron á oirse dentro,  
la sonora voz del órgano  
tomó en los bóvedas vuelo,  
y el espacio arrebolaron  
nubes de aromado incienso.  
Los portones de la iglesia  
pausadamente se abrieron,  
dos hileras de ermitaños  
con la santa cruz en medio,  
paso á paso y con los ojos  
clavados siempre en el suelo  
entonan el *Pange lingua*  
con armónicos acentos.  
Al fondo en el ara santa,  
como en un trono de fuego,

el sacerdote vestido  
 con los sacros ornamentos  
 levanta en áurea custodia  
 el immaculo cuerpo  
 de Aquel que dió vida al mundo  
 por su redencion muriendo  
 A sus pies arrodillado  
 el fugitivo guerrero  
 la alta proteccion implora  
 del Señor del universo.  
 Confundido, anonadado  
 á tan magnífico aspecto,  
 dobla la rodilla humilde  
 el perseguidor soberbio.  
 Pero en el altar fijando  
 la vista, súbito incendio  
 marcó en el rostro sañudo  
 tenaz aborrecimiento.  
 Levántase y atrevido  
 lanzarse intenta en el templo,  
 vago terror misterioso  
 le asalta, profundo miedo  
 que el corazon le comprime  
 en lo más hondo del pecho.  
 Entónces el fugitivo  
 paso á paso y con respecto  
 por medio de las dos filas  
 de ermitaños, con severo  
 ademnan y continente  
 grave, se acerca resuelto  
 al perseguidor, y dice

con la rodilla en el suelo :  
 • Padre, si anhelas mi vida,  
 tómala, yo te la entrego ;  
 más no perderás mi alma,  
 que yo de ella no soy dueño.  
 Harto por torpes errores  
 cegados mis ojos fueron ;  
 si es mi destino la palma  
 del martirio, en vez del cetro  
 de la tierra, á Dios ensalzo  
 pues permite que su siervo  
 trueque terrenales glorias  
 por los celestiales premios. •  
 — • Hijo rebelde, • contesta  
 el menorca de ira ciego,  
 • el galardón te preparo  
 segun tus merecimientos.  
 ¡A caballo, y á Sevilla ! •  
 Y lanzándose al repecho,  
 á cuya florida falda  
 corre el Betis altanero,  
 Poco á poco los rumores  
 de sus pasos se extinguieron  
 los portones se cerraron  
 del sombrío mouasterio,  
 apagó el órgano grave  
 sus misterios concertos,  
 y otra vez á reinar vuelven  
 la soledad y el silencio,  
 al par que la blanca luna  
 su disco encubra en los cielos

VI.

En una torre sombría  
que aun conserva Tarragona,  
y á cuyo pie tumultuoso  
el mar es recha sus olas,  
hay un negro subterráneo,  
hay una oscura mazmorra,  
y en ella un hombre á Dios pide  
amparo en su última hora.  
Lleva al pié doble cadena,  
al cuello pesada argolla,  
sugetas tiene las manos  
á la espalda con esposas.  
Un farolillo alumbraba  
las ennegrecidas bóvedas  
con luz tan débil, que hacia  
más perceptible las sombras.  
Suenan llaves y candados,  
entran hombres con antorchas,  
uno trae un tajo y otro  
una hacha afilada y corva.  
Sobre aquel fatal madero  
el preso su cuello apoya,  
álzase un brazo nervudo  
salta la cabeza y bota.  
Abrese el azul del cielo  
un alma sube á la gloria,  
los alados serafines

sublimes himnos entonan.

VII.

Tan horrendo parricidio  
fué el ensengrentado prólogo  
de los males que afligieron  
á los míseros católicos.  
En el pecho del monarca  
hervía el feroz encono,  
y el tenaz remordimiento  
gritó del alma en el fondo.  
Acosabante de noche  
negros, lúgubres insomnios,  
falsamente interpretados  
por el error religioso.  
Y en vez de pedir humilde,  
contrito y puesto de hinojos  
por su crimen indulgencia  
á Dios misericordioso,  
contra los siervos de Cristo  
iracundo volvió el rostro,  
y con él los tiempos bárbaros  
de Diocleciano y de Cómodo.  
Rienda suelta da á sus iras,  
espacio libre á sus odios,  
y venerables ancianos,  
y sacerdotes virtuosos,  
mártires de sus creencias,  
sufren con valor héroe

feroz tormento los unos,  
muerte sañuda los otros  
Y ya en la terrible hoguera,  
ya en el triste calabozo,  
ya en el suplicio inhumano,  
ya en el cadalso afrentoso,  
para afirmar los cimientos  
de su quebrantado solio  
va la cregía hacinando  
despojos sobre despojos.  
; En vano !... ya su corona  
cayó, su cetro ya es roto,  
ya el último aliento exhala,  
ya se derrumba su trono.  
Pero aún el sol de la gloria  
al descender majestuoso,  
coronó del rey la frente  
con sus resplandores rojos.  
Muévanle de nuevo guerra  
los francos reyes indómitos,  
y en la tierra y en los mares  
triumfa de ellos el rey godo.  
El trono del suevo se hunde  
de sus armas al asombro,  
y son dominios sus tierras  
del monarca victorioso.  
Si el crimen de parricidio  
no manchara con su oprobio  
los inmortales laureles  
de monarca tan heróico,  
nadie disputarle osara

el primer sitio entre todos;  
pero el hombre es frágil barro  
es vil materia de lodo,  
y solamente es perfecto  
el que es Todopoderoso.  
Murió en Toledo, y las crónicas  
cuentan que murió católico;  
del que rige el universo  
decretos son misteriosos.

---

FRANCISCO ORGAZ.

---

AL INMORTAL QUINTANA.

---

¿ Y qué ? ; No habrá para el autor cubano  
ni un solo asiento en el festin glorioso  
que el pueblo castellano  
ofrece al noble y virtuoso anciano,  
cuyo ingenio fecundo  
con poderoso anhelo  
luchó contra los déspotas del mundo  
y levantó la humanidad al cielo ?  
Si le habrá ; vive Dios ! que entre los buenos  
y esforzados varones  
nunca se tuvo por humilde ó ménos



la ofrenda de los buenos corazones,

Tal exclamaba yo, cuando la frente,  
de rayos inmortales coronada,  
alzando fuera el régio Manzanares,  
de esta manera hablo ;

— « Nó al impaciente  
labio permitas ¡ay! la ocasionada  
incertidumbre. Nunca mis hogares  
ni á la extranjera fé el hospitalario  
techo negaron, ni del templo augusto  
las puertas del santuario  
cerradas fueron á la voz del justo. »

« Al humo de mis fiestas castellanas  
se alegraban mis hijos, los mejores  
de las augustas huestes colombianas,  
y aquellos que en el Asia vencedores  
y en los campos del Africa abrasada  
por ambos emisferios  
propagaron la gloria inmaculada  
que encerraban los inclitos imperios  
del castellano bien. El europeo,  
el tostado africano  
y el indio americano  
mis hijos son, y en mis tranquilos lares  
de todos son mis fiestas populares.

« Espacio tienes; las alegres tiendas  
á levantarse ván, y tu cantares  
dignos y justos son; que las ofrendas  
de los hijos del sol al predilecto  
dijo de mis amores  
más gratas son que á las tempranas flores

las fecundantes lluvias del rocío.

Canta y adios. » — El coronado río  
dijo, y volviendo la tranquila frente  
hundióse en el caudal de su corriente.

« Y cómo no cantar, *ilustre anciano*  
cuando en la gloria que en tu frente brilla  
no sólo brotan lauros de Castilla,  
sino palmas del suelo americano?  
¡Oh! Tú no sabes cuánto de cariño  
y de sagrada admiracion inspiras  
al hijo de los indicos palmares.

Yo lo recuerdo aún : desde muy niño  
sentí al compás de las cubanas liras,  
tu nombre repetir, y tus virtudes  
del labio maternal las aprendia.

*Virgen del mundo, America inocente,*  
por todas partes sin cesar oia :  
*Libre es el hombre* el eco repetia ;  
y alzando alegre la orgullosa frente,  
el mundo de Colón grabó en su historia  
con letras de oro tu brillante gloria.  
Tú desde entónces encadenaste el labio  
de la ignorancia insana,  
y así borraste el infundado agravio  
que alimentaba la familia indiana.

Mas ¿qué no es dado á la virtud sublime  
que á la sentida humanidad se ofrece  
contra el error que sin cesar la oprime?  
¿Que no es dado al varon que se engrandeca  
combatiendo el poder de los tiranos,  
y á quien para alcanzar alto renombre

se consagra al amor de los humanos  
y á mejorar la condicion del hombre?  
¡Oh! Todo, todo á tu excelencia suma  
lo concedió la excelsa Omnipotencia,  
y nada tiene que añadir la pluma  
al poder de tu clara inteligencia.  
Mas si le faltan lenguas á la fama  
para cantar tu inmarcesible gloria,  
sóbranse amor á la familia humana  
y altares que erigirte en tu memoria.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

D O L O R.

Entré en la estancia en que Marcial yacia  
Dentro del breve trecho  
Donde suele encerrar la pompa humana  
Un tosco carpintero.  
Cuatro blandones de amarilla cera  
Lanzaban sus reflejos  
Communicando á los que estaban vivos  
No se que cosa del que estaba muerto,  
La muerte es lo solenne de la vida,  
Y en torno de los féretros  
El silencio que reina es el mas grave  
De todos los silencios.  
Yo, venciendo el terror; fuime acercando  
Con firme planta y corazon sereno,  
Como el que juzga que la vida empieza  
Quizas al borde del mortuario lecho.

Pero á medida que el contorno vago  
Se destacaba sobre el fondo negro,  
Al descubrir la alabastrina frente  
Apagado volcan del pensamiento,  
Al contemplar el varonil semblante  
Del alma ausente deleznable espejo,  
Al ver esclavo de la hundida almohada  
El antes libre, juvenil cabello,  
Al fijarme, con ojos espantados,  
En el brillante militar trofeo  
Que al rededor de mi valiente amigo  
Puso una mano con prolijo esmero.  
Los verdes lauros de recientes glorias,  
La espada al cinto, sobre el noble pecho  
Las rojas cruces que esmaltó su sangre,  
Y entre el marfil de los doblados dedos  
Grave y severa dominando á todas  
La santa cruz del Redentor eterno,  
Yo no sé que sentí dentro del alma  
Tan hondo, tan intenso,  
Que asomado al abismo de la muerte  
Y en interiores lágrimas deshecho  
Mi dolor desbordose como nube  
Deshecha en lluvia sobre el mar inmenso.  
¡Ay mi pobre Marcial! mi noble hermano  
¡Mi dulce compañero!  
¡Y para esto sembramos tantas flores  
En el fecundo campo de los sueños!  
La mismas cuna nos meció de niños,  
La infancia nos prestó los mismos juegos  
La ardiente juventud iguales glorias

¡Y en una misma tumba no estaremos!

La tuya en gran caudal, pobre la mía,  
Sueltas corrientes nuestras vidas fueron  
Y al par cruzamos por el ancho mundo  
Rompiendo abrojos y salvando riesgos.

¡Quien dijera, gran Dios que en el camino  
La tuya había de morir tan presto,  
Y qué, mudo el torrente, aún sonaría  
El mísero arroyuelo!

Calmar quise mi angustia irresistible,  
Morir sin causa al corazón opresa,  
Encontrar un dolor que le sirviera  
Al mío de consuelo.

Hice un esfuerzo, mas recé un instante,  
Puse en la frente de Marcial un beso  
Cortéle un rizo, lo guardé, y lancéme  
Sin poder respirar á otro aposento.

Ayes, sollozos, desgarradas voces  
Lanzaron todos cuando entrar me vieron  
Abrazose la hermana á su marido,  
La madre á sus hijuelos.

Amigos, servidores y parientes  
Mezclaron sus lamentos...  
Y mi rebelde corazón gritaba  
• ¿Dónde estás, ho dolor, que no te encuentro?

De pronto, en un rincón, ví solitario  
Entre la sombra envuelto  
Al indomable general, hundido  
En su sillón de cuero.

En sus escuetas manos apretaba  
Una corona de laurel ya seco

Que para el hijo triunfador tejieran

Su noble orgullo y el amor materno.

Era aquel el caudillo portentoso,  
Rayo de muerte en el combate fiero,  
El rudo Marte que en la ardiente Libia  
Deshizo al agareno.

Tenía la cabeza  
Inclinada hácia el suelo,  
Los ojos fijos, la postura inmóvil  
Fruncido el entrecejo.

Y una lágrima en medio de una arruga,  
Como una gota de rocío en medio  
Del grieteado muro  
De una torre feudal que rota al tiempo.

Al ver aquellas lágrimas las mías  
Copiosamente por mi faz corrieron  
Y desatose en mi garganta el nudo.  
Y alzé la frente y respiré mi pecho.

Y desde entónces, cuando busco ansioso  
Dolor que preste á mi dolor consuelo,  
Jamás le busco donde atruena á gritos:  
Le busco en el silencio.

FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

### LOS MARTIRES.

Salve, Roma imperial! ciñe tu frente  
de cien vencidos pueblos la corona;  
se rinden á tu cetro las naciones;

la region de la luz y el Occidente  
y la abrasada zona,  
recorren victoriosas tus legiones :  
tus bélicos bridones  
en el Jordan abreven y en el Sena,  
y su galope rápido estremece  
la tierra de los viejos Faraones  
y los vergeles de la patria helena :  
el breton te obedece ;  
y tras lucha titánica, asombrado  
de tu poder que todo lo avasalla,  
suelta la azcona y calla  
el cántabro feroz, nunca domado.  
Tus naves altaneras  
del ancho mar oprimen los espacios,  
llevando de cien playas y riberas  
oro, mármoles, bronces y maderas  
para tus circos, termas y palacios.  
Tus césares son arbitros del mundo,  
tus proconsules reyes,  
principes tus patricios opulentos ;  
¿ quien á romper se atreverá tus leyes,  
si tu cólera trueca  
las ciudades en paramos sangrientos !  
¿ Quien ante tí no dobla la rodilla,  
eres reina y señora de la suerte  
y esclavo el hombre á tu poder se humilla  
Así pensando en la imperial grandeza,  
con lento paso un hombre  
hácia Roma dirige su camino,  
descalzo el pie, desnuda la cabeza,

una cruz de su cuello suspendida,  
y en su mano el baston del peregrino.  
Asombrado detienese un momento  
al contemplar la pompa deslumbrante  
del esplendor romano ;  
mas súbito, los ojos suplicante  
dirige al firmamento,  
estiendo luego á la ciudad la mano  
y esclama así con inspirado acento :

• Soberbia Roma que á tu yugo impio  
sugetas las naciones,  
esclavas de tu inmenso poderio ;  
ha sonado tu hora :  
ha brillado en la tierra el sol fecundo  
de verdad y justicia, y en el nombre  
del que murió por redimir al hombre  
yo vengo á dar la libertad al mundo.  
Reino santo en tí fundo  
que el imperio hundirá de tus tiranos,  
al siervo humilde y al mendigo haciendo  
de los grandes y Césares hermanos ;  
reino de paz que, como inmovil roca  
se elevará glorioso  
dominando las recias tempestades ;  
abarcará cuanto los cielos cubren  
y siempre combatido y victorioso  
hasta el fin durará de las edades :  
reino en cuyas banderas triunfadoras  
verá el mundo asombrado,  
no las garras feroces

del águila que vuela á devorarle,  
si no los brazos de la cruz divina  
abiertos con amor para abrazarle.

Lo oyó el tirano, y cual terrible fiera  
cuando se siente herida,  
de cólera rugió, gritando. ¡Muera!

Y Pedro en cruz infame dió la vida.  
¡Oh pobres y oprimidos  
que abristeis vuestro pecho á la esperanza!  
No temais, no; la tumba que le encierra,  
el solio de la paz y la justicia  
sostendrá como roca incontrastable  
hasta el fin de los tiempos y la tierra:  
¡temais: del tirano los jardines  
carán seguro asiento  
á un palacio opulento  
de Pedro consagrado á la memoria,  
á donde irán de todos los confines  
reyes, principes, pueblos y naciones  
veneración á tributarle y gloria;  
no temais: Pedro vive con vosotros;  
que Lino y Cleto en pos, Clemente y Sixto  
fieles recogen la divina herencia  
y dan su sangre por la fé de Cristo.  
¡Qué importa que los déspotas preparen  
el puñal, los tormentos y la hoguera  
en su furor insano,  
si es la muerte divina mensajera  
que la victoria canta del cristiano?

¡Ah! mirad como crecen  
de Cristo los heroicos confesores:  
las provincias romanas  
como inundantes aguas van llenando:  
tiemblan los poderosos: se estremecen,  
los robustos estallan en furiosos  
en sed ardiendo de feroz venganza,  
y el imperio ensordecen  
los gritos de esterminio y de matanza.  
Las flechas y cuchillos aguzados  
atravesian los pechos virginales  
y siegan las gargantas inocentes;  
y en resinas ardientes  
abrasados en llamas los cristianos,  
son lugubres blandones  
del horrible festin de los tiranos;  
los libicos leones  
y las feroces hienas,  
con sangre de cristianos enrojecen  
del anchuroso Circo las arenas;  
y enteras poblaciones  
á cuchillo traspasa  
el insano furor de las legiones  
no hay compasion ni tregua; mas ¡oh gloria!  
¡Que los mártires triunfan! Ved; contentos  
van á la muerte; suya es la victoria!  
A la faz de los despotas sangrientos!  
su fé proclaman, y á su Dios bendicen  
en medio de los bárbaros tormentos.

—  
¡Gloria á Dios! cuyo aliento comunica

la fé que de los fieles confesores,  
del martirio anhelantes,  
el número y constancia multiplica.  
La sangre de los mártiros de Cristo  
es germen de cristianos:  
¿cuantos son? Si podeis esterminarlos!  
Para darles la muerte y el tormento  
no hay verdugos ni cárceles bastantes:  
los pretorios romanos  
no tienen ya cuchillos suficientes,  
Con el poder de vuestro altivo imperio  
armado del puñal y de la hoguera,  
¿de la Iglesia naciente  
detener pretendisteis la carrera!  
¡Insensatos! ¿No veis? La clara fuente  
al pasar por los riscos y breñales  
se ha convertido en invasor torrente:  
ora trocada en anchuroso rio  
no detiene su marcha triunfadora,  
oponese á su paso la montaña;  
pero es en vano, que el raudal bravio  
con impetu á la cumbre se arrebatá;  
cubren sus aguas la soberbia altura,  
y formando rugiente catarata  
inundan vencedoras la llanura...

—  
Ya la culpable Roma se estremece,  
y el pálido fulgor del paganismo  
ante los rayos de la Cruz fenece.  
Brilla en el cielo el Lábaro divino,

entusiastas le aclaman las legiones,  
le sigue arrebatado Constantino;  
en el Tiber sepultase el tirano;  
triunfa la Cruz; coronase de gloria  
para brillar en perdurable solio,  
y sube de las negras Catacumbas  
á reina en el Capitolio.

—  
¡Paz! ¡Paz! ora resuenan  
los ecos voladores,  
y de la cruz los cantos vencedores  
del aire vago los espacios llenan.  
¡Oh! cuán bella y radiante,  
de laurel inmortal la sien ceñida,  
se levanta la Iglesia perseguida  
del Circo y de las cárceles triunfante!  
No es tan pura y hermosa  
la alegre primavera, cuando ufana  
tras la crudeza del invierno impio  
los campos engalana  
con soberana pompa y atavío.  
La Cruz resplandeciente  
del Ocaso al oriente  
del imperio en los ambitos campea:  
escuchad, escuchad, divino acento  
recorre la estension del raudo viento:  
es la voz de los padres de Nicea:  
¡Credo! dice la Iglesia extasiada,  
¡Credo! repite el asombrado mundo;  
¡Gloria á Dios! canta el ángel en el cielo,  
y un grito de furor lanza el profundo.

Al escucharle, el paganismo herido  
que ya apenas alienta,  
se siente estremecido;  
ven el esfuerzo de la muerte intenta  
al Cristo derribar: ¡delirio vano!  
nada podrá su empuje giganteo,  
sucumbirá el tirano,  
y de su sangre al espirar teñido,  
exclamará: « ¡Venciste Galileo! »

Si, venció y vencerá; que llega el día  
en que serán lavadas  
las manchas de la inmunda idolatría,  
y de la raza impía  
las sangrientas maldades castigadas.  
¿Qué pueden ya los ídolos? ¿Dó han ido?  
De sus torpes altares han caído,  
y á sepultarse en huecos ignorados  
y en los antros del bosque impenetrable  
huyen, que les aterra  
y espanta la presencia formidable  
del Dios de los ejércitos armados  
que se levanta para herir la tierra.

Ya eleva su estandarte en las regiones  
del Bórcas y Aquilon, y airado llama  
á sus tribus y razas y naciones;  
y á su mandato atentos  
los hijos de la niebla,  
acuden como en alas de los vientos.

Voz de Reyes y pueblos congregados  
de las selvas germanas interrumpe  
el silencio profundo,  
y un fiero grito los espacios puebla;  
« ¡Perezca Roma y se remueve el mundo! »  
¡Llorad romanas gentes!  
que las feroces hordas ya preparan  
sus carros y caballos diligentes.  
¡Ya vienen! A su paso  
negras nubes de polvo se levantan  
que oscurecen el día;  
tiembla la tierra y hasta el cielo crece  
como estrnendo de mar que se embravece  
de sus voces la horrible gritería.  
Fuego arrojan cual duros pedernales  
los cascos de sus rápidos corceles,  
cuyo relincho pavoroso atruena  
las vastas soledades,  
y en sus carros resuena  
el son de las rugientes tempestades.  
Vienen de sangre y destruccion sedientos  
no duermen sosegados,  
ni se paran rendidos,  
ni sueltan un momento las espadas;  
sus dardos, afilados,  
sus arcos estendidos,  
sus mortíferas flechas aguzadas;  
les precede el espanto;  
con ellos vá la muerte y el incendio,  
dejan en pos desolacion y llanto;  
y así en veloz carrera destructora

recorren del imperio las regiones,  
cual fulminante nube asoladora  
que impelen los violentos aquilones

En el estrago universal, serena  
está la Iglesia santa :  
todo en su derredor se desmorona ;  
y ella contempla el porvenir segura  
y su victoria inmarcesible canta  
y á sus benditos mártires corona.  
Entonces Alarico arrebatado  
lleva á Roma su saña y sus furores,  
vuela en pavesas la ciudad impura ;  
y si un tiempo los fieles confesores  
al placer de los déspotas servían  
entre tormentos hórridos muriendo,  
hoy las termas y alcázares ardiendo,  
de los fieros tiranos  
son antorchas que alumbran  
el triunfo de los mártires cristianos.

GASPARD NUNEZ DE ARCE.

LA DESGRACIA Y LA VENTURA.

Murióse Juan, y entre llanto.  
Gemidos y bendiciones,  
Acompañado de hachones  
Llevaronle al campo santo.  
Con mucha pompa ue strondou

Marcharon por la carrera  
Los pobres robando cera  
Y los clerigos gimiendo.  
Ya en el cementerio, junto  
A otro muerto le enterraron  
Y así á sus solas hablaron  
El uno y otro difunto :

MUERTO 1.<sup>o</sup> — ¿Quién con tan poco recato  
Turba misueño?

MUERTO 2.<sup>o</sup> — No es nada.

Es un pobre camarada  
Que viene... á dormir un rato  
Mas si acaso te molesto...

MUERTO 1.<sup>o</sup> — ¡Qué disparate! Descuida.  
No es aquí como en la vida  
¡Sobra para todos púesto!  
Pero dime, ¿qué bullicio  
Es este tan desusado?

MUERTO 2.<sup>o</sup> — ¡Oh! nó temas : no ha llegado  
El dia final del juicio.  
Ese rumor solamente  
Mi familia le motiva

Que llora á lágrima viva...  
Porque no diga la gente.  
Mi buena esposa jamás  
Levantó tanto el chillido ;  
Pero metiendo más ruido  
Prueba que me amaba más.

MUERTO 1.<sup>o</sup> — ¡Eres burlon !

MUERTO 2.<sup>o</sup> — No quisiera  
Que esta llegára á ofenderte.